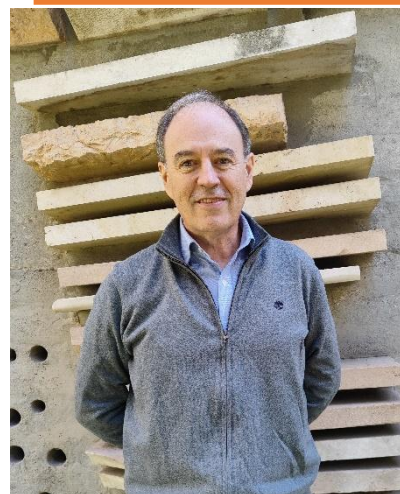


FRANCISCO JOSÉ MORALES NAVAS

Profesor de Investigación
Instituto de Ciencia y Tecnología de Alimentos y Nutrición del CSIC.
Responsable del Grupo de investigación CHEMPROFOOD: Modificaciones químicas en alimentos procesados.

“Lo maravilloso de la ciencia es que siempre hay algo nuevo que descubrir”

(Stephen Hawking)



¿Cuál es tu historia de vida y cuál es tu área de trabajo ?

Mis primeros pasos en ciencia tuvieron retos y momentos decisivos que marcaron mi destino como investigador. En quinto año de bioquímica y biología molecular inicié una tesina en el área de la inmunología bajo la dirección de un investigador que constituiría más adelante un grupo estable en un centro nacional de nueva creación. Esa era la idea, pero la promesa no se cumplió. El investigador volvió a su universidad americana de origen, y quedé huérfano de dirección científica. Fue un golpe duro, un recordatorio de las dificultades estructurales que enfrenta la ciencia en nuestro país. En 1989, a través de una oferta de tesis en el CSIC, conocí al Dr. Salvio Jiménez. Inicié la tesis en procesos térmicos de productos lácteos financiada con una beca predoctoral de la CM. Más adelante, amplí mi enfoque a otros alimentos, donde el procesado térmico no solo es necesario desde el punto de vista de la higiene alimentaria, sino que impacta de manera crucial en su calidad, seguridad y funcionalidad tecnológica y biológica. Cada etapa de mi carrera me ha enseñado que la ciencia no es solo un camino de conocimiento, sino un acto constante de reinención y resiliencia.

¿Qué te motivó elegir tu ámbito de estudio?

Aunque inicialmente la motivación vino de la necesidad, posteriormente fueron los retos que se plantearon en la tesis y la confianza de mi tutor. Pero fue durante mi estancia posdoctoral donde definitivamente decidí seguir aportando conocimiento sobre las implicaciones de la reacción de Maillard en los alimentos y los procesos de glicación in-vivo. Actualmente estoy muy satisfecho al comprobar que los avances que realizamos en el laboratorio tienen un reflejo tangible en la sociedad.

¿Qué es lo más satisfactorio de tu trabajo?

La constante necesidad de aprender y evolucionar. El conocimiento nunca es estático, ni dogmático y ese dinamismo es lo que mantiene viva la vocación científica. También la inmensa fortuna de conocer y trabajar con profesionales excepcionales que me inspiran y me empujan a ser mejor cada día. Con el tiempo también aprendí que la motivación científica debe alinearse con las temáticas prioritarias sujetas a financiación

¿Quiénes fueron tus referentes?

Siempre admiré a gigantes como Severo Ochoa y Santiago Ramón y Cajal. Sus nombres eran recurrentes en las aulas, representaban el rigor y la pasión por el método científico.

¿Por qué decidiste ser científico?

Siempre sentí una fascinación por explorar mi entorno y entender cómo funcionaban las cosas. Era el típico niño curioso que lo destripaba todo. Esa inquietud se la debo en parte mi profesor de Ciencias Naturales, don Félix. Inculcaba una visión crítica y reflexiva del mundo, algo que, aunque no comprendía del todo a mis 10 o 12 años, dejó una huella profunda en mi futura vocación científica. En la universidad, los profesores de citología, histología y bioquímica consolidaron mi interés por la carrera científica. Durante esos años, comencé a entender lo que significaba realmente ser científico, un camino que no siempre es lineal ni predecible.

¿Cuál crees que es la mayor virtud que debe tener un investigador? ¿Y su mayor defecto?

La capacidad de estructurar información fiable, ser riguroso, reflexivo y plantear las preguntas correctas. Esto requiere de tiempo, es fácil caer en la tentación de buscar atajos, de ceder a la urgencia de la inmediatez. Este es un gran desafío del método científico actual. No hay mayor freno al avance científico que los dogmas y la arrogancia de cátedra. La ciencia se enriquece con el debate, y contraposición de ideas. No hay espacio para egos en el camino hacia la excelencia científica.